

El nuevo éxodo de los mayas

Association Guatemala
Information Recherche*

Cerca de 100 000 campesinos guatemaltecos, en su gran mayoría indios mayas, se refugiaron en el sur de México desde 1981. La mayor parte proviene de la región fronteriza que se extiende desde la costa del Pacífico hasta las selvas del Petén. La parte sur de esta zona pertenece a las tierras altas de los departamentos de San Marcos y de Huehuetenango, poblados desde hace siglos por grupos mayas: mames, jacaltecas, chujes y kanjobales. La sección media está constituida sobre todo por las tierras bajas de los departamentos de Huehuetenango y del Quiché, colonizados, desde hace apenas unos veinte años, por campesinos de las tierras altas vecinas, esencialmente por indios mames (de Todos Santos), kanjobales, quichés y kekchíes. En algunas de esas zonas los grupos étnicos se habían mezclado. Finalmente, la parte meridional, que bordea los ríos La Pasión y Usumacinta, se componía de una veintena de cooperativas fundadas por colonos de mayoría mestiza provenientes en su mayor parte de la costa sur del país, y por algunos grupos kekchíes, originarios de la Alta Verapaz.

Refugiados dinámicos...

Las prácticas antiinsurreccionales, particularmente feroces que se producían a todo lo largo de la región fronteriza, provocaron la destrucción de numerosos pueblos y cultivos, la masacre de miles de personas y causaron, en 1982 y 1983, un éxodo masivo hacia Chiapas. 46 000 refugiados se reunieron así en unos 90 campamentos del otro lado de la frontera, con el deseo de no alejarse demasiado de sus lugares de origen,¹ y de conservar hasta donde fuera posible, una división en etnias y comunidades, así como una organización social propia. Sólo esas 46 000 personas son reconocidas como refugiados por las autoridades mexicanas (que no les dan, sin embargo, el estatuto legal correspondiente), pero según los cálculos más moderados, al menos un número igual de guatemaltecos buscó refugio en el interior de las comunidades rurales mexicanas, en las grandes haciendas y en la periferia de las ciudades: viven ahí clandestinamente, dispersos y sin reconocimiento ni ayuda oficial.

Los modos de instalación y de integración en Chiapas dependieron del número de refugiados (llegadas masivas, grupos familiares o individuales); de la naturaleza de las comunidades de origen (colonias de fundación reciente o pueblos más antiguos) y del medio receptor. En los municipios mexicanos de Comalapa y Trinitaria, así como en las orillas de las lagunas de Montebello del municipio de Margaritas, región de tierras altas y medias, relativamente poblada y que corresponde a la primera sección de la zona fronteriza antes mencionada, pocos campamentos rebasaron los mil refugiados; si lo hicieron La Sombra y La Hamaca (reunidos después en El Chupadero), Rancho Tejas, Cieneguitas, Amparo, Agua Tinta y Poza Rica. En esta región, los refugiados mames, jacaltecas, chujes y kanjobales se

* La Association Guatemala Information Recherche, del Departamento de América del Museo del Hombre, en París, reúne principalmente a investigadores en ciencias sociales que ya hayan trabajado en Guatemala. Desde 1982 algunos de sus miembros, entre ellos el autor de esta síntesis, se han visto precisados a efectuar misiones o a trabajar durante mucho tiempo en los campamentos de refugiados guatemaltecos en el sur de México. [Este artículo fue escrito en enero de 1986, o sea 30 meses antes de la presente publicación. Muchas cosas han cambiado con el restablecimiento de la democracia en Guatemala — NDLR (1988)].



Foto de J. Arnauld.

Campamento de Canasayab (Campeche).

vieron favorecidos con la solidaridad espontánea de los campesinos mexicanos (tojolabales, tzotziles, tzeltales o mestizos) con los que guardaban desde hacía mucho tiempo relaciones de parentesco, de trabajo y de comercio. El medio ecológico y humano les permitió la incorporación progresiva a la vida económica de las comunidades receptoras. Ahí encontraron trabajo y pe-

queñas parcelas para cultivar la tierra. De 1982 a la fecha, han recibido ayuda alimenticia y médica de la Comisión Mexicana de Ayuda a los Refugiados (COMAR, organismo gubernamental), gracias a los fondos suministrados por el Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) así como una ayuda complementaria de organismos no gubernamenta-

les, principalmente de la diócesis de San Cristóbal de las Casas y del hospital de Comitán.

En las tierras bajas de selva tropical (municipios de Margaritas y de Ocosingo), de baja densidad demográfica, los refugiados mames, kanjobales, quichés y kekchíes se reagruparon en general en grandes campos: antes de mayo de 1984, sólo los de Ixcán, Puerto Rico y Chajul sumaban 11 000 personas. Esta población, heterogénea en cuanto a su distinta pertenencia étnica y con origen en diversas colonias del norte de los departamentos de Huehuetenango y del Quiché, había establecido organizaciones estructuradas y demostraba un dinamismo tal que causaba la admiración de todos los visitantes. En general, los refugiados agrupados en los campamentos han sabido sacar provecho de la ayuda exterior para mejorar notablemente sus condiciones de vida en un tiempo muy corto (1982-1984). Se ha podido comprobar, por ejemplo, una disminución espectacular de las tasas de mortalidad y de enfermedad.

... y molestos

El ejército guatemalteco denunciaba que esos campamentos, pegados a la frontera, eran santuarios o bases de repliegue o de aprovisionamiento de la guerrilla. En dos años el primero multiplicó sus incursiones en territorio mexicano (se han contado unas 70), ocasionando varias muertes entre los refugiados. El gobierno mexicano temía que un deterioro de la situación en su frontera sur, pusiese en peligro su reconocida neutralidad en la crisis centroamericana y su posición en el interior del grupo de Contadora, y también que aumentarían los problemas ecológicos (deforestación, erosión...), sociales y políticos internos de Chiapas.

Después de rechazar, bajo la presión del ACNUR el proyecto de una repatriación masiva —Guatemala no ofrecía entonces para los eventuales repatriados garantías suficientes de seguridad—, después de descartar el plan —defendido por la diócesis de San Cristóbal— de una reinstalación en Chiapas, pero distante de la frontera, el gobierno mexicano decidió a principios de 1984, reinstalar a los refugiados en otros Estados de la República. La operación empezó en mayo, después de un ataque al campo del Chupadero efectuado por militares guatemaltecos (6 muertos). Se tomaron poderosas medidas tales como intervención de un cuerpo especializado del ejército mexicano, destrucción con fuego de Ixcán y de Puerto Rico, etc.) para evacuar los campos de la

selva. Varios miles de refugiados resistieron hasta donde pudieron. Hacia finales de diciembre de 1985, con el traslado forzoso a Quintana Roo de unos 500 que se resistían del campamento de Chajul, las autoridades consideraron que la operación en esa zona había terminado.

En las tierras altas, los mexicanos adoptaron otros métodos: presiones de la COMAR, tentativas de diálogo "abierto" pero "firme". No se obtuvieron resultados. La mayoría de los refugiados de los campamentos (los otros no estaban involucrados) rechazaron el traslado. El núcleo duro de la resistencia estaba formado por los de Cieneguitas y los de El Chupadero; estos últimos fueron reinstalados en La Gloria y apoyados por la Iglesia.

Frustrar las iniciativas...

El balance del traslado en el mes de junio de 1985: 12 000 personas reagrupadas en Campeche, en Canasayab y Pich (rebautizados por los refugiados Maya Tecún y Quetzal Edzna); 4 500 en Quintana Roo, en Los Lirios y Los Ranchos.² En esos nuevos campamentos, los refugiados dependen totalmente de la COMAR (la propia organización del campamento pasó bajo el control de la COMAR: arreglo del habitat, comida, atención médica, obtención de trabajo en el mercado local y explotación de las tierras concedidas —1 000 ha por campamento). La distribución de la gente en sus propios campamentos se dejó, sin embargo, al arbitrio de la propia gente. Como resultado, los distintos barrios corresponden a las distintas comunidades de origen en Guatemala y las diferenciaciones etnolingüísticas, así como la separación de indios y mestizos, tienden a reproducirse. Por ejemplo, los mestizos refugiados que vienen del Usumacinta ocupan una unidad de Quetzal Edzna y parece ser que reciben un trato favorable de parte de la COMAR.

Después de un año, si bien subsisten aún problemas de inundación y de aprovisionamiento de agua, en el plano material el balance de la instalación está lejos de ser negativo. Pero los refugiados se quejan sobre todo de su dependencia frente a la COMAR la que mediante un control sistemático, tiende a pulverizar todas sus iniciativas, por ejemplo, sus tentativas prometedoras de instaurar relaciones con sus vecinos mexicanos (colonos mestizos). La política de las autoridades mexicanas sobre la cuestión de la integración, se muestra ambigua y no satisface a los más involucrados.

Debemos encontrar ahí una de las razones principales de la persistente resistencia al traslado; dos terceras partes de los 46 000 refugiados oficialmente reconocidos dan prueba de ello. ¿Por qué abandonar Chiapas donde logran incorporarse relativamente bien y con facilidad a la estructura cultural, social y económica (la experiencia muestra que la economía regional se beneficia con su presencia) e ir a regiones donde corren el peligro de encontrarse con ghettos? Existe también el rechazo siempre vivo por alejarse de su lugar de origen, adonde algunos de ellos logran regresar de manera esporádica y furtiva (la frontera jamás ha sido totalmente impermeable). En el momento en que las autoridades guatemaltecas intenten implantar en sus tierras nuevos colonos más controlables y libres de ataduras históricas con las organizaciones insurgentes (ejemplo de "pueblo modelo" es el de Xalbal en Ixcán Grande al norte del Quiché) ¿el alejamiento no significa perder definitivamente toda oportunidad de recuperar estas tierras un día? El traslado sirve a la estrategia de los militares guatemaltecos puesto que ésta consiste en borrar los efectos de un movimiento autónomo de ocupación india de las tierras bajas (aleatoriamente los ladinos pobres también las ocupan) y en substituirlo por una colonización controlada. Los principales perdedores podrían ser los campesinos refugiados al principio en los grandes campamentos de la selva, pero que han sido trasladados a Campeche y a Quintana Roo.

... y controlar la frontera

Tanto del lado mexicano como del guatemalteco, el control de la colonización de la zona fronteriza es de una importancia crucial desde el punto de vista económico y desde el militar. ¿La operación del traslado no habrá sido un primer paso (no está demás mencionar que los ataques guatemaltecos cesaron desde entonces) hacia lo que podría ser un acuerdo entre gobierno mexicano y el nuevo gobierno (civil) guatemalteco sobre el problema —espinoso desde el siglo XIX— de una frontera que atraviesa de parte a parte el territorio maya? De semejante acuerdo, que tiene todas las probabilidades de ser tácito, los indios guatemaltecos serían (¿lo son ya?) los primeros en pagar la factura.

Enero de 1986

Notas

- ¹ Es significativo que los campos sean a veces bautizados con el mismo nombre que el del lugar de origen: Ixcán, Chajul...
- ² Desde entonces la situación casi no ha cambiado.